

¿Existe una forma correcta de vivir?

Entrevista sobre los espejos con Andrés Ibáñez

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

A través del espejo (Atalanta, Barcelona 2016) es una antología de relatos —incluyendo un par de poemas, una crónica y un ensayo— que recorre el interés por ese objeto de uso común y a la vez siempre mágico: el espejo. Andrés Ibáñez (Madrid, 1961), escritor y pianista de jazz, no sólo nos ofrece lo más conocido sobre el tema —Borges, Hoffmann, el mito de Narciso, la Blancanieves de los hermanos Grimm— además hace verdaderos descubrimientos como los textos de Danilo Kis y Goran Petrovic. Y por si fuera poco, escribe una introducción donde recorre la historia del espejo, desde Egipto y el mundo grecolatino, hasta los mexicas y los *doppelgänger* del Romanticismo. Ese texto termina por integrarse tan perfectamente a la antología que en modo alguno parece sólo un ensayo introductorio, sino una pieza que ostenta la misma obsesión de Borges o Poe con la ganas de Fray Bernardino Sahagún por entender una cultura extanjera y la serena inteligencia de un Otto Rank. Entonces, ¿quién mejor que Ibáñez para hablar-nos del libro y los espejos?

El espejo es una superstición que ha sobrevivido a lo largo de los siglos. Las brujas, los demonios parecen estar a la baja en favor de otros miedos, pero el prestigio de los espejos permanece intacto, ¿por qué?

Encuentro que siempre las preguntas que me hacen sobre este tema (y sobre mis otros libros en general) tienen que ver con la diferencia entre el pasado y el presente. Solemos creer que la época moderna es sustancialmente diferente de las épocas anteriores, que estaban llenas de supersticiones, fantasías, apariciones, etc. Pero en realidad no es así. Desde el punto de vista del arte, esa diferencia de tiempo no existe. El ser humano es igual siempre. La naturaleza, madre de todo lo simbólico, es la misma, nuestra fisiología es la misma y el funcionamiento de nuestro mundo interior es el mismo. Las brujas nunca han existido, fueron una creación de la mente “moderna” para reprimir el elemento femenino, pero en cuanto a los demonios, ¿de verdad crees que ya no los tememos? Los demonios invaden nuestro mundo desde el principio, simplemente cambian de forma y de denominación. Los demonios son los seres intermedios entre lo físico y lo espiritual. Son esas fuerzas que nos mueven, y que parecen obligarnos a hacer cosas contra nuestra voluntad, o que nos inspiran cosas que nosotros so-

los jamás podríamos imaginar. En cuanto a los espejos... los espejos son objetos físicos, son más difíciles de olvidar o de malinterpretar que los demonios. Son lo que nos permite vernos a nosotros mismos. Todavía no se ha inventado nada más asombroso.

Escribir es ya un modo de jugar al reflejo. En su texto de introducción habla del poder de los espejos en varias culturas, la egipcia, la azteca, la grecorromana, pero parece como si hasta la llegada de la escritura y la lectura como bienes de uso corriente el espejo se convirtió en fuente de muchos terrores. ¿Es el espejo y su mitología un terror intelectual en contraposición a miedos más básicos como el miedo a la noche, a la oscuridad?

¡No sé si puede existir un terror intelectual! Sí, hay culturas donde los espejos parecen especialmente importantes. Una de ellas es la mexicana, quiero decir, las distintas culturas mexicanas, porque tanta importancia tenían los espejos entre los mayas como entre los teotihuacanos o los aztecas. He estudiado estas dos últimas con más detenimiento en mi prólogo, la maravillosa historia del doble espejo, el de Tezcatlipoca y el de Quetzalcóatl, por ejemplo. Uno da vida, el de Quetzalcóatl, mientras que el otro, el del señor de la guerra y la discordia, es un espejo de humo, un espejo velado... Pero ¿por qué es velado? ¿Por que es oscuro, como la mayoría de los espejos antiguos? La verdad es que cuando Quetzalcóatl se mira en ese espejo se ve como un hombre viejo y enfermo. Es un dios (o un gran rey) que se ve a sí mismo como un pobre hombre sujeto a la miseria del cuerpo. Pero ese es precisamente el engaño de Tezcatlipoca: hacer que nos veamos sólo como un cuerpo sujeto al decaimiento.

Pero, repito, no creo que pueda haber terrores “intelectuales”, y si los hay, el espejo no es uno de ellos. Cada vez que nos aproximamos a un espejo, incluso en esta época en la que hay espejos por todas partes, sentimos un latido de alarma o de maravilla. Los espejos siempre nos parecen mágicos, incluso en esta época llena de maravillas tecnológicas. Vi una vez un programa cómico televisivo en el que habían creado unos servicios públicos que eran en realidad dos habitaciones simétricas e idénticas, en la que una joven se maquillaba en uno de los lavabos frente a otra joven que imitaba sus movimientos. Parecía que había un gran espejo, pero en realidad el espejo no existía. Las personas que iban entrando, comprobaban con espanto que no se reflejaban en el supuesto espejo. Supongo que este es uno de los temores básicos del espejo: no verse re-

flejado en él. Otro terror básico, que yo he experimentado en sueños, es ver reflejado un rostro plano, sin rasgos. También he soñado que me miraba en un espejo y veía a otra persona. La sensación de terror era insoportable.

El Romanticismo nos enseñó que acaso todos tenemos un doble; y el psicoanálisis nos descubrió ese yo dentro de nosotros que tiene deseos inconvenientes. ¿Hemos interiorizado las lecciones de los espejos?

Creo que una de las grandes tragedias de nuestra cultura es ese empeño por no comprender el romanticismo. Creo que el negarse obstinadamente a entender lo que es el romanticismo ha conducido a una modernidad fallida, obsesionada con lo instrumental y con un materialismo fanático y ciego. Siempre me resulta curioso que el romanticismo sea objeto de las más severas críticas por parte de la izquierda, que lo ve como “irracional”, origen del fascismo (a causa de unos pocos textos de Fichte), reaccionario, ultrareligioso, etc., pero también sea odiado por la derecha, que lo ve como revolucionario, obsesionado con los derechos individuales y con la originalidad, destructor del orden plácido y feliz anterior a la Revolución francesa. Es curioso, pero es la visión de la derecha la que está más cerca de lo que es en verdad el romanticismo: el movimiento que crea el mundo moderno, la democracia moderna y el moderno concepto de obra de arte. Otra cosa que no se le perdona al romanticismo es que creyera en el lenguaje del arte como método empírico, que creyera que a través del lenguaje del arte se podían investigar los grandes enigmas humanos. El tema del doble es típicamente romántico porque es una manera de simbolizar todo aquello que hay de desconocido en mí mismo.

En el mundo de las selfies, de las redes sociales, ¿los espejos han desaparecido o se han multiplicado? Ya sea una u otra la respuesta, ¿qué nos dice del mundo contemporáneo la desaparición o la multiplicación de los espejos?

El espejo es un arquetipo, como la espada, la copa, la rosa, el mar, la montaña, el sol... Es consustancial a lo humano.

Una de las cosas más asombrosas de los espejos es que existían desde antes que fuera posible fabricarlos. Porque los espejos antiguos, elaborados con piedra pulida, con bronce, con obsidiana, apenas reflejaban nada. Hay espejos etruscos que están llenos de preciosos dibujos: ¿en qué sentido es un instrumento así un “espejo”? El que motivó mi investigación es un viejo espejo azteca que se encuentra en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Su superficie de obsidiana apenas refleja sombras. Pero con el tiempo, los hombres aprendieron a hacer espejos cada vez más perfectos y más grandes. En nuestra época, los espejos lo dominan todo. Estamos llenos, inundados de imágenes. Todos los actos y gestos de nuestra vida se convierten en imágenes. Todo el mundo lleva en el bolsillo, o más corrientemente en la mano, un objeto de cristal que refleja el mundo y guarda esos reflejos y los transmite y multiplica. Somos una civilización de copias y reproducciones que corre el peligro de perderse en ese laberinto de reflejos que, finalmente, ya no reflejan nada.

Nada bueno parece venir desde detrás de los espejos: un doble, un demonio, nuestros deseos terribles, el mundo al revés, la tentación de la vanidad... pero al final de su texto introductorio, descubre que por fin, después de muchos años, comienza a ver su propio rostro. ¿Existe un modo de superar nuestro temor a los espejos?

¿Existe una forma correcta de vivir? Esa es la pregunta, la gran pregunta. Es la pregunta que se le hace a un maestro, cuando uno encuentra a uno, en el caso de que uno se encuentre a uno. Superar el temor al espejo quiere decir superar el temor a ver lo que uno realmente es, el temor de ser uno mismo, el miedo a vivir, el miedo a morir, pero también el miedo a vivir en vano por cobardía, por falta de arrojo... Rimbaud fue el que escribió “yo soy otro”. Y luego, dejó de escribir, y su única obra, realmente lo único que volvió a “crear” fueron un par de fotografías: autorretratos. ¿Había llegado, también, a aceptar su propio rostro?